

LA HOGUERA DE LAS VANIDADES EN LA MAR



Ya decía el célebre escritor norteamericano Tom Wolf, autor del fantástico libro *La Hoguera de las Vanidades*, que la vanidad era un sentimiento que se mueve a caballo entre la estupidez y la opulencia. Para mí, sin embargo, es un vicio que pendula entre la estupidez y la estupidez. Así, de año en año vemos barcos más grandes para ser usados tres semanas, mientras lo mantienen una tripulación de diez personas, que luego alquilan para el disfrute de otros. Enormes objetos de aluminio o hierro que brillan en la distancia como para recordarnos que a bordo de los mismos todo es oro y oropel. Pero la realidad es bien distinta, y la mayor parte de estas monstruosas embarcaciones pertenecen a personajes siniestros cuyos negocios sino son turbios, al menos siempre están relacionados con el pelotazo, la especulación y el dinero fácil. Bien es verdad que alguno puede pertenecer a un honrado empresario, pero la excepción siempre confirma la regla. El verdadero empresario, el que produce riqueza de manera continuada, emplea gran parte de sus beneficios en seguir cuidando y creciendo su negocio; y sino que se lo pregunten a los magnates hoteleros y banqueros mallorquines que, a pesar de poseer fortunas enormes, nunca se les verá compitiendo por estos récords.

La semana pasada navegaba en mi velerito por la bahía de Pollensa, cuando la cala de Formentor se cerró ante nuestros ojos por una enorme mancha blanca que jamás habíamos visto en ese lugar. En la distancia parecía un club náutico flotante, un moderno edificio de pisos de corte futurista que hubieran anclado en la bahía. De cerca, y en su popa, solo podía leerse la letra A, pintada sobre el puerto de conveniencia en el que se había abanderado la "cosa" para no pagar impuestos. Vamos, en un acto más de solidaridad mundial por parte de quien, en realidad, nada debería importarle unos euros más o menos tras tremendo despilfarro. Cuando pasaron a su lado varios barquitos de gentes de Pollensa que se acercaban a verlo, pensé que el sufrido propietario de ese trozo de plástico de cinco metros habría pagado más impuestos que el flamante propietario del "club náutico fondeado". Cosas tiene la vida.

En seguida supimos que pertenecía a un magnate de esos que lo mismo le da traficar con petróleo que con armas, dos formas consentidas por la sociedad mundial, que son de las pocas que pueden rentar para pagarse barcos de 5.000 millones; a excepción del juego, las drogas y la prostitución, que son parte de los vicios motores de nuestra sociedad. Estos sujetos también suelen comprar un club de fútbol para ganar una honorabilidad y posición que nunca alcanzarían. Y así, se sientan al lado de reyes y reinas, famosos y políticos, qué algo sacarán.

Junto a él, fondeaba otro mega yate de no menos de 50 metros de eslora, que sino hubiera sido por el de la A, sería el más admirado de la jornada. Cerca de ellos varios barcos de más de 20 metros y cuatro crucetas en sus palos pasaban desapercibidos entre tanto derroche de eslora. Seguro, pensé,

que esos otros orgullosos propietarios de mega embarcación de recreo se estarían comiendo las uñas al verse sobrepasados, amargándose un precioso día de verano.

Y es que, amigos, siempre habrá un barco más grande, un tipo con más dinero y con más ego que tú; además de más golfo, corrupto y despiadado; así que, lo mejor es disfrutar del velerito de día y la menorquina, pasando por la tabla de surf o la mera colchoneta de baño. A la postre no es más feliz el que más tiene sino el que menos necesita, y la mar y el paisaje, de momento, siguen ahí para todos.